

CAPITULO CXXIX.

El duque de Parma se apodera de nuevas plazas.—Continúan las disidencias entre franceses y flamencos.—Muerte del duque de Alençon.
—Asesinato del príncipe de Orange.—Sucédele su hijo Mauricio en sus cargos y dignidades.

A pesar de la reconciliación que el príncipe de Orange intentó realizar entre flamencos y franceses, era esta mas bien aparente que real, puesto que las causas que habían motivado su resentimiento seguían subsistentes todavía y á cada momento se advertía la antipatía que entre unos y otros reinaba.

Así fue, que dando por pretexto el duque de Alençon su falta de salud, marchóse de Dunkerque á Francia, dando lugar á que el duque de Parma, que desde la ruptura de las negociaciones comenzó con satisfactorio éxito las hostilidades apoderándose de una porción de plazas, se dirigiera inmediatamente sobre aquella población donde el francés había dejado una guarnición bastante escasa para la importancia que tenía.

El mariscal Byron acudió inmediatamente en socorro de la plaza, pero era tal la ojeriza con que los naturales miraban á los franceses, que sin facilitarles nada de lo que necesitaban y oponiendo sin cesar obstáculos á su marcha dieron tiempo suficiente para que Farnesio se apoderara de Dunkerque, cuya suerte siguió poco después Neuport.

Mal aspecto tomaron los negocios para el príncipe de Orange al empezar el año 1584, y como generalmente cuando la fortuna empieza á mostrarse adversa á un individuo, entibiase en gran manera la admiración y el afecto que antes inspiraba, comenzaron, los mismos que antes le tributaban entusiastas elogios, á llamarle traidor, residenciando todas sus acciones, y por mas esfuerzos que aquel hacia para dominar las disidencias que entre franceses y flamencos se ahondaban cada vez mas, no le era posible alcanzarlo, hasta que finalmente vieron obligados los Estados á decretar la salida de Flandes de las tropas francesas, teniendo lugar esto precisamente en momentos que deberían serles mas necesarias, toda vez que el duque de Parma iba á recibir refuerzos de consideración y dinero en abundancia para atender á las necesidades de la guerra, elementos que, como sabemos, había estado pidiendo sin cesar al objeto de dar mayor ensanche á sus operaciones.

Fácilmente se comprende, que el de Parma, alentado con las nuevas que recibiera y con la marcha de las tropas francesas, emprendiera con mayor ahínco la guerra, y mientras Verdugo se apoderaba por sorpresa de Zutphen, —dice un historiador, — «con cuya posesión le quedaba abierta la entrada á todo el país comprendido entre el Issel y el Rhin, él recobraba á Ipres, Alost, Rupelmonde y otros puntos: el príncipe de Chimay, hijo del duque de Arschot, le entregaba á Brujas con la sola condición de que le diese el mando de la provincia; y hasta el conde de Berghes, cuñado del príncipe de Orange, se apartó de su servicio, y si no puso en manos de Alejandro la provincia de Güeldres, fue por haber sido descubierto su designio antes de poderle ejecutar; que así suelen los hombres arrimarse á aquel á quien la fortuna sonríe (1).»

Solamente podía confiar el príncipe de Orange en los socorros que pudiera llevarle de Francia el duque de Alençon, toda vez que, según las noticias recibidas, el rey Enrique III se decidió á proteger á su hermano, merced á las gestiones que en este sentido había estado practicando la reina madre cuando el fallecimiento de aquel, ocasionado tras una penosa enfermedad, que hizo sospechar por causa un envenenamiento, dejó defraudadas por completo semejantes esperanzas.

Treinta y tres años tenía el duque de Alençon cuando falleció en 10 de junio de 1584 en Chateau-Tierry, no perdiéndose gran cosa con su muerte, pues era, según el juicio de la mayoría de los historiadores, ambicioso, débil, cruel, é imprudente, llegando al extremo de que hasta su misma hermana Margarita, decía de él, «que si el dolo y la infidelidad hubieran desaparecido de la tierra, se habrían hallado en todo su vigor en el corazón de su hermano (2).»

Golpe de gran importancia fue este para las provincias rebeldes, máxime teniendo en cuenta los recursos de que iba á disponer el de Parma, pero todavía iban á sufrir otra pérdida de mayor importancia.

Hallábase en Delft el príncipe de Orange, cuando se le presentó un jóven borgoñon llamado Baltasar Gerard, con cartas de Mr. Caron, en las cuales le participaba la muerte del de Alençon, á cuyo servicio entrara el Gerard, algun tiempo antes con objeto de poder llegar mas tarde á relacionarse con el príncipe de Orange.

Desde el famoso edicto de Felipe II poniendo á precio la vida del Príncipe, no habían faltado, como ya hemos dicho en otro lugar, miserables, á quienes tentara la oferta, y en prueba de ello, en el capítulo anterior hubimos de registrar la tentativa de Jauregui, inspirada por el fanatismo y por la codicia y los depravados instintos de quien le alentó.

Baltasar Gerard se propuso asesinar al Príncipe, y como uno de los medios para conseguir su plan, púsose al servicio del de Alençon, según hemos dicho, á fin de tener mas fácil la oportunidad de realizar su propósito.

Hallábase el Príncipe en la mesa, cuando el 10 de julio de 1584 se le presentó en Delft, y al pasar á su aposento, el asesino le dis-

paró un pistoletazo con tan buen acierto, que le atravesó el corazón, espirando á los pocos instantes, sin poder pronunciar mas que algunas incoherentes frases.

Trató de escapar el asesino, pero frustrado su designio, cayó en poder de los que le perseguían, y sujeto á la cuestión de tormento, confesó, que hacia mas de seis años había concebido aquel proyecto, alentándole á él el edicto del Monarca; que estuvo al servicio del conde de Mansfeldt, que tenía conocimiento de ello el duque de Parma, con otras varias circunstancias, que como dice muy bien un historiador moderno, no sabemos si serían ciertas ó arrancadas por la violencia del tormento.

Todos los historiadores hállanse conformes en la tranquilidad con que sufrió el horrible suplicio á que se le condenó, que fue el de quemarle la mano derecha, atenecearle y descuartizarle después, diciendo en alta voz, que no se arrepentía de lo que hizo, puesto que tenía la seguridad de haber alcanzado con ello el favor del cielo, y que «si á mil leguas se hallara del Príncipe, haría toda clase de esfuerzos por aproximarse á él y quitarle la vida (1).»

Cincuenta y dos años contaba á la sazón Guillermo el Taciturno, príncipe de Orange, y por espacio de diez y seis, había hecho la guerra al rey de España, siendo el primero que alzó la bandera de la libertad en los Países Bajos.

Durante espacio tan dilatado, hubo de luchar con cuatro generales como el duque de Alba, Requesens, D. Juan de Austria y Alejandro Farnesio, que cada uno de ellos tenía una reputación europea, lo que prueba sus vastos conocimientos y su pericia.

Hubo momentos en que llegó á tener á su devoción quince de las diez y siete provincias flamencas, llevando su audacia al extremo de deponer al rey de España del señorío de aquellos países, donde había infundido de tal modo el odio al Monarca español, que ni aun su muerte fue bastante eficaz para reducirles.

Los escritores protestantes tribútale á veces exagerados y apasionados elogios, hallándonos nosotros mas conformes con la opinión de los autores católicos, que aun cuando no le niegan grandes dotes, no por eso dejan de reconocerle también muchos defectos.

Según Bentivoglio, «concurrieron en él, la vigilancia, la industria, la liberalidad, la facundia y la perspicacia en todo negocio, con la ambición, con el fraude, con la codicia, con la osadía, con el trasformarse en todos los naturales; acompañando estas buenas y malas cualidades con todas las que enseña la mas sutil escuela del mandar.»

«En las juntas públicas, —prosigue el autor citado, — y en toda otra suerte de pláticas ninguno supo mas disponer los ánimos, torcer las opiniones ó colorir los pretextos; acelerar los negocios ó detenerlos; y en suma, con mayor artificio aventajarse.

«Fue mas estimado en el manejo de las cosas civiles, que en la profesión de las militares. Varió de religion como de intereses. Niño en Germania fue luterano. Pasando á Flandes, se mostró católico. Al principio de las revueltas, se declaró fautor de nuevas sectas, si bien no profesor descubierto de alguna, hasta que últimamente, le pareció seguir la de Calvino, como mas contraria á la religion católica profesada del rey de España (2).»

Tal es el juicio del cardenal escritor de aquellos acontecimientos, juicio en nuestra opinión, teniendo en cuenta todos los actos del príncipe de Orange, bastante acertado.

Fuera de toda duda está, que á la par que defendía los intereses generales de los Estados, no descuidaba los suyos propios, y que sus aspiraciones se cifraban en ser conde soberano independiente de las provincias de Holanda y Zelanda, de las cuales, según se cree, le había investido secretamente en feudo el duque de Alençon.

Extraordinaria fue la consternación que su muerte produjo en las provincias rebeldes.

Alma, por decirlo así, de todo aquel movimiento, enemigo el mas irreconciliable que tuviera Felipe II, necesariamente había con su muerte de causar un desconcierto general en aquellos Estados donde únicamente su fecundidad, sus recursos y su astucia, fueron las que principalmente sostuvieron la guerra por tantos años.

Mas no por esto diéronse á partido aquellas provincias, sometiéndose al dominio del Rey.

Por el contrario, para demostrar el odio que á este tenían, y el afecto que al de Orange profesaban, reuniéronse los Estados en Amberes, y puesto que el hijo mayor de Guillermo, el conde de Buren, se hallaba en España retenido por Felipe, que desde el principio de la rebelión ordenó que se le trajese desde la Universidad de Lovaina donde estudiaba, acordaron conceder á su hermano Mauricio, que escasamente contaría diez y nueve años, pero cuyos conocimientos eran muy superiores á su edad, las mismas dignidades que á su padre, dándole el título de Grande Almirante de la Confederación con el gobierno de las provincias de Holanda, Zelanda y Utrech.

(1) En los Archivos de Bélgica se halla manuscrita la confesión de Baltasar Gerard, habiéndose suscitado algunas dudas respecto á si aquella era la original ó una copia, dudas que no se ha atrevido á resolver el Director de aquellos establecimientos en un folio que ha publicado, en el cual aduce razones en pro de cada una de estas opiniones, insertando una copia de la citada confesión.

(2) Bentivoglio, *Guerras de Flandes*.



SITIO DE AMBERES.

(1) Lafuente, *Historia de España*, part. III, lib. II.

(2) Bentivoglio, *Guerras de Flandes*, part. II, lib. II.

CAPITULO CXXX.

Continúa la rebelion de Flandes.—Nuevas y extraordinarias proporciones que toma la guerra.—El rey de Francia se niega á aceptar la soberanía con que le brindan los rebeldes.—Famoso cerco de Amberes.

Aun cuando la muerte del príncipe de Orange fue un golpe fatal para los insurrectos, no se desanimaron por esto, y persistiendo en su empeño, decididos á buscar nuevo apoyo, vacilando entre la reina de Inglaterra y el rey de Francia, optaron por el segundo, aunque católico, tanto por la necesidad, cuanto por ser hermano del de Alençon, enviándole una embajada ofreciéndole la soberanía de aquellas provincias.

Mas por muy ligeros que anduvieron y por mucho secreto que quisieron guardar, no fue lo bastante para que Felipe lo ignorase, y haciendo jugar diestramente á su embajador en París, D. Bernardino de Mendoza, hizo fracasar los propósitos de los flamencos cuando mas seguros se creían.

Bien hubiera deseado Enrique III vengarse del favor que Felipe II dispensaba á los Guisas, mas no se atrevió á romper abiertamente con un monarca tan poderoso como el español, y finalmente hubo de contestar á los enviados flamencos, que las inquietudes de su país no le permitían desmembrar su ejército, pero que tan luego consiguiera mejorar su estado interior, se ocuparía de sus amigos y convecinos.

Semejante contestación fácilmente se comprende lo poco agradable que había de ser á los que de ella eran objeto, mas no por esto decayó su ánimo tampoco, haciendo comprender al duque de Parma que le era necesario emprender con nuevo vigor las operaciones para ver de conseguir la terminación de una guerra tan prolongada como desastrosa, guerra que en vista del sesgo que á cada paso tomaba parecía que iba á ser interminable.

Las principales ciudades del Brabante como eran Bruselas, Gante, Malinas y Amberes se hallaban en poder de los rebeldes, y por ellas decidió Farnesio dar comienzo á la nueva campaña, tan luego como pudo reunir junto á sí á aquellos viejos tercios de España, que estuvieron hasta entonces entretenidos con la guerra de Portugal.

A pesar de opinar en contra sus generales, Alejandro Farnesio decidió poner cerco formal á Amberes, sin dejar por esto de hostilizar las demás plazas.

Formidable empresa era la de sitiar una plaza como la de Amberes, y un historiador italiano, ocupándose de este mismo asunto, dice: «Nunca con mas pesadas moles fueron enfrenados los rios, ni los ingenios se armaron con mas osadas invenciones, ni se peleó con gente de guerra que en mas repetidos asaltos hiciese mas provision de destreza y de coraje. Aquí se echaron fortalezas sobre los arrebatados rios, se abrieron caminos entre las ondas, los rios se llevaron sobre las trincheras, luego las trincheras se plantaron sobre los rios, y como si no bastara solo el trabajo de atacar á Amberes, se extendieron los trabajos del general tambien en otras partes, y cinco fortísimas y potentísimas ciudades se cercaron á un mismo tiempo, y dentro del círculo de un año al mismo tiempo se tomaron.»

Efectivamente; Amberes, defendida por el Escalda con fortificaciones en las riberas, con comunicacion con todas las provincias marítimas, y contando los flamencos como contaban con fuerzas navales que superaban á las de los españoles, no podia menos de ofrecer dificultades completamente insuperables para otro que no tuviera el genio militar de Alejandro Farnesio, sin que se hallase animado de los propósitos que este.

«Cercar la ciudad por tierra, cerrar los rios por los cuales se comunicaba con las ciudades vecinas, talar las campiñas de estas, atacar los fuertes del Escalda y construir otros á un lado, operaciones eran que admiraban, pero que comprendían al menos los generales del duque de Parma.» Así se expresa Lafuente, y todos los portentos, si esta frase se nos permite, concebidos por aquel famoso capitán, todos fueron realizándose, á pesar de las burlas de Philipo de Marnix, señor de Santa Aldegundis, que gobernaba y defendía la ciudad de Amberes.

En agosto de 1584 el duque de Parma se apoderó de Termonde, al objeto de proporcionarse los materiales que necesitaba para su colosal empresa, puesto que en aquella comarca abundaba el arbolado, y presto dió principio á la obra clavando en las márgenes del rio los árboles y las vigas conducidas desde Termonde: *Locura es por cierto querer cerrar de esta manera un rio de dos mil cuatrocientos pies de ancho y veinte de profundidad. Sepa Alejandro que así sufrirá el Escalda los grillos de ese puente como sufrirán los flamencos el yugo de los españoles.* Así decía el gobernador Marnix, y sin embargo el Escalda sufrió los grillos de aquel puente y Amberes fue tomada por los españoles.

Formado el pueate, construyóse en cada extremo un castillo suficiente para contener cincuenta hombres; por la parte de Flandes, la empalizada se extendía en una longitud de 200 pies, y por la parte de Brabante, 900, quedando en medio del rio un espacio de 1,300 próximamente, que no permitía atacarle la profundidad y la violencia de la corriente.

Tomada Gante por las tropas de Farnesio, privó á los de Amberes de los auxilios que por el rio podia recibir la ciudad sitiada, y con los buques que de este punto adquirió y algunos otros de Dunkerque, determinó cerrar el paso que quedaba abierto entre las

dos estacadas, y no pudiendo ejecutar esta operacion sin exponer las naves á los fuegos del enemigo, para evitarlo rompió el dique del Escalda, é inundando las tierras inmediatas con sus aguas, pudo hacer pasar por encima de ellas sin riesgo alguno, salvo algun choque con los de Amberes, sus embarcaciones, á pesar de cuantos medios se emplearon para impedirlo.

Llegadas estas al rio, un reduto levantado por Tilign y hijo del general francés Lanoue, frente á la cortadura Baxoht impidió su reunion con otros navios que venían de Gante, y para inutilizar segunda vez los esfuerzos del enemigo no vaciló Farnesio en acometer la empresa de abrir un canal de catorce millas de longitud, que encauzando las aguas inundadas y dirigiéndolas al Lys, afluente del Escalda por la parte de Gante, dejaron libre y desembarazado el paso á sus buques.

Costosa era la empresa, pero resuelto Alejandro á ejecutarla, no vaciló en dar él mismo el ejemplo, empuñando ora la azada, ora la pala, como el último de sus soldados, y tal entusiasmo supo inspirarles y era tanta la confianza que en él tenían, que llevóse la obra á feliz remate en breve tiempo y pudo en adelante proporcionarse aquel de Gante cuantos materiales necesitaba para acabar de cerrar el puente del rio.

«De veinte en veinte pasos se pusieron hasta treinta y dos barcos trabados entre sí por cuatro órdenes de cadenas y maromas, sujetos á las extremidades de cada empalizada, y con vigas entre nave y nave con su parapeto ó pretil de gruesos tablones como el resto del puente. Había en cada nave treinta soldados y distribuyéronse entre todos noventa y siete piezas de artillería.

«A distancia de un tiro de arcabuz, así á la parte superior como á la inferior del puente se colocaron dos hileras de grandes barcas, treinta y tres á cada lado, trabadas tambien entre sí como los bajeles del puente, formando como otros dos puentes flotantes: de cada uno de estos barcos salían unas gruesas y largas vigas á modo de dentellones con puntas de hierro, semejando como hileras de piqueros al frente de un escuadron, las cuales servían para abrigar el puente deteniendo é impidiendo la aproximacion de las naves enemigas (1).»

Siete meses se emplearon en la construcción de aquella atrevida obra, y al cabo de ellos, en 24 de febrero de 1585, vieron con indecible pavor los habitantes de Amberes realizado el proyecto que habían juzgado imposible y del cual tanto se habían burlado, segun hemos dicho en otro lugar.

Efecto contrario produjo en los españoles, y su alegría no conoció límites al pasar con toda libertad por medio del puente desde la provincia de Brabante á la de Flandes, diciendo el de Parma á un espía de sus enemigos á quien puso en libertad: *Anda y dí á los que te enviaron, que este puente ó ha de ser el sepulcro de Alejandro Farnesio, ó ha de ser un paso para Amberes.*

Efectivamente que al ver realizada una obra tan atrevida y preñada de dificultades, era presumible que todas las demás empresas subsiguientes fuesen coronadas igualmente por tan satisfactorio éxito, así es que para los de Amberes no había mas esperanza que la de la armada de Zelandia y el conde de Holak, que operaba por la parte de Bar-le-Duc.

Desgraciadamente la empresa de este tuvo un fatal resultado, puesto que los generales Altapenne y Georgio Basta le batieron causándole un gran destrozo, y en cuanto á la armada de Zelandia, el almirante Trelong que la mandaba, accediendo á las ofertas y sugerencias del de Parma, bajo distintos pretextos iba entreteniendo su partida.

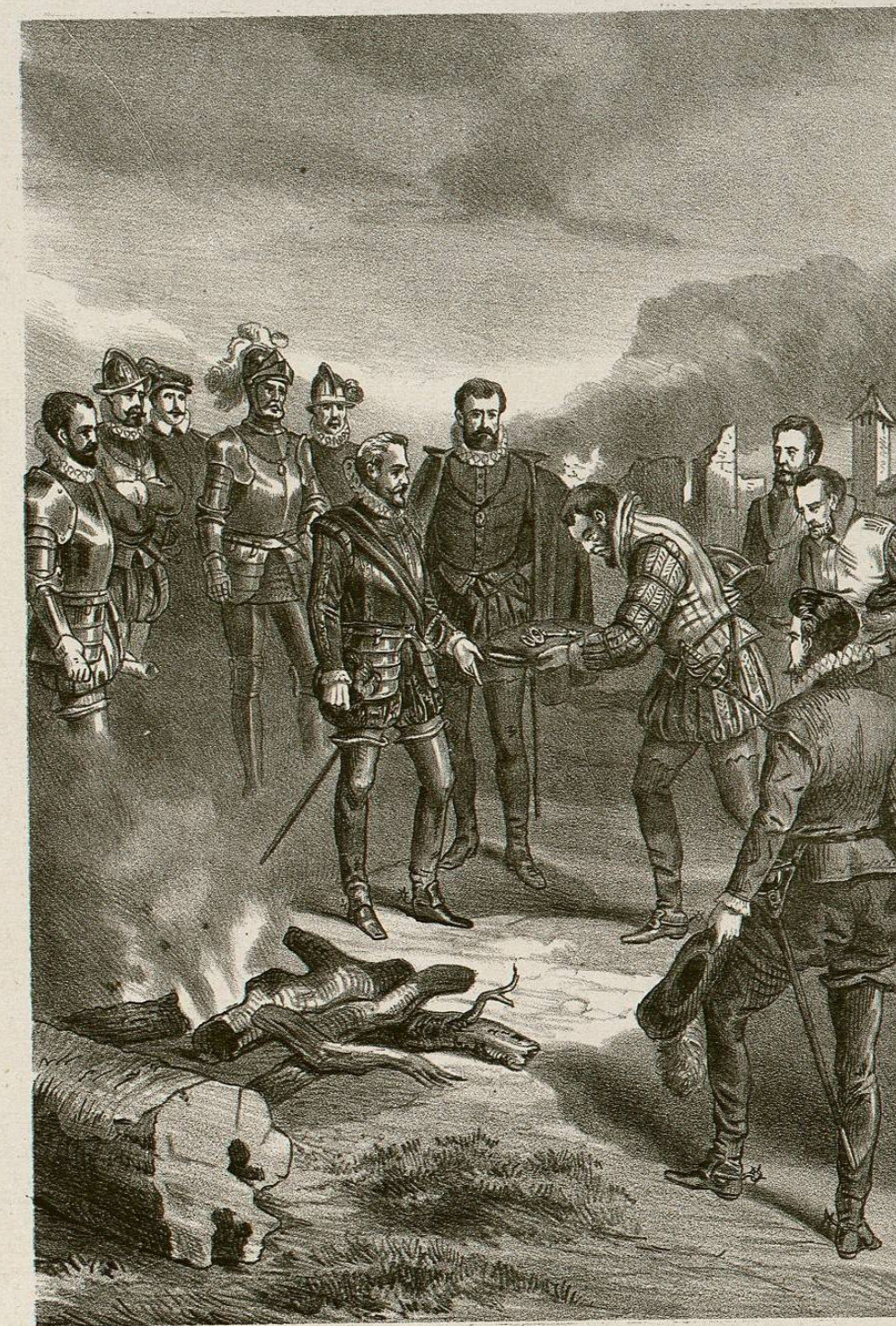
La rendición de Bruselas, que apretada por el hambre y dividida por las discordias intestinas, no tuvo otro remedio que sucumbir, fue un nuevo golpe que afectó sobremanera á los sitiados, que veían desvanecerse una por una todas sus esperanzas y perder uno por uno todos sus auxilios.

Como que por espacio de tantos años había sido esta ciudad la residencia de la madre de Alejandro durante su gobierno, pusieron en juego influencias, despertáronse pasados recuerdos y las condiciones bajo las cuales se verificó la rendición, fueron bastante suaves.

En virtud de ellas, los ciudadanos volvían á la gracia del Monarca, comprometiéndose á devolver á los católicos lo que les habían tomado y á reparar los templos á sus expensas; la gente de guerra salió libre y con armas y ropa, aun cuando sin desplegar las banderas ni tocar las cajas, previo el juramento de no hacer armas contra el rey de España, durante cuatro meses, los soldados y seis los cabos; y finalmente, los herejes podían permanecer dos años en la ciudad para arreglar sus negocios.

Tales fueron las principales condiciones, merced á las cuales se verificó una rendición que afectó en gran manera á los sitiados de Amberes, aun cuando para infundirles algun ánimo, la armada de Zelandia cuyo mando quitaron los zelandeses á Trelong, confiándosele á Justino de Nasau, se apoderó del fuerte de Liefkenshoek.

(1) Lafuente, *Historia General de España*.—Part. III, lib. II. El mismo Santa Aldegundis decía maravillándose de tal obra, que no era posible humanamente que manos de hombres pudieran cerrar un rio de aquella condicion.



J. SERA, lit.

Lt. VIDAL, Oims, 23

RENDICION DE AMBERES.